

ALEPH

número 18
(enero de 2004)



Jornada del sábado 22 de marzo de 2003
organizada por ALEPH con el apoyo del **FNRS** y de la **ULB**
y de la **Embajada de México**

Para citar este artículo: Vanden Berghe, Kristine. "Representaciones cambiantes. Los subalternos y 'sus' intelectuales en los ensayos de Mariano Azuela, Octavio Paz y el Subcomandante Marcos.". *El ensayo mexicano*, número especial de *Aleph: Revista de Literatura Hispanoamericana*, no. 18, Lefère R. (ed.). 2003, pp. 59-74. ISSN 1784-5114.
Disponible en: http://ahbx.eu/ahbx/?page_id=7464

Representaciones cambiantes. Los subalternos y 'sus' intelectuales en los ensayos de Mariano Azuela, Octavio Paz y el Subcomandante Marcos.

Kristine Vanden Berghe
FUNDP/KULAK

Los Demetrios Macías se habían extinguido en los campos de batalla luchando contra los molinos de viento, y los Quijotes apócrifos circulaban en las secretarías de Estado medrando a la sombra de la burocracia. El arte preparaba sus armas para dar la pelea a la impostura

Raymundo Ramos

No son las palabras en sí sino los contextos culturales los que permiten ver en la literatura un pino, una palmera o una ceiba
Ángel Rama

Uno de los hilos conductores en *La ciudad letrada* (1984) de Ángel Rama es el tema de la inteligencia mexicana. En su ensayo, Rama afirma que en ningún país hispanoamericano los intelectuales han sido tan seducidos por el poder como en México. Explica el fenómeno a partir de circunstancias históricas: México fue la sociedad que conoció el primer establecimiento americano de la ciudad letrada (1984:120) y allí el poder central, como en los tiempos de la colonia, seguía ansiando poner a los intelectuales a su servicio (*ibíd.*:121). Tal vez este legado histórico también explique lo que Rama llama el «tradicional elitismo intelectual mexicano» (*ibíd.*:153).

En México, se ha escrito mucho sobre la posición de la inteligencia frente al poder político. En esos textos los ensayistas a

menudo toman en cuenta un tercer actor, el pueblo. De esta manera se viene diseñando un triángulo entre los políticos, los intelectuales y los subalternos, revolucionarios, campesinos o indígenas. A continuación me propongo leer algunos ensayos mexicanos, atendiendo a aquellos fragmentos en los que sus respectivos autores se concentran en la relación entre los últimos dos actores, los subalternos y sus representantes intelectuales. Empezaré mi lectura con los ensayos de Mariano Azuela, también autor de *Los de abajo*, texto fundacional si los hay para reflexionar sobre el tema. Luego, me detendré en *El laberinto de la soledad* porque sus tesis han sido tan influyentes que se han convertido para muchos de nosotros en lugares comunes de la interpretación de México y, para los mexicanos, en “señas compartidas, referencias obligadas, códigos del uso del lenguaje, casi obligaciones de la convivencia” (Monsiváis 2001:16). Pero *El laberinto de la soledad* también me interesa porque Octavio Paz, en calidad de figura bisagra, me permite hacer la transición hacia mi tercer autor, el subcomandante Marcos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Al cotejar algunos textos de Marcos con otros de Azuela y de Paz quisiera indagar si y en qué medida el discurso zapatista ha cambiado la representación de los subalternos y sus intelectuales.

I

En sus “Conferencias y ensayos” (1996), Azuela retrata a los campesinos revolucionarios como los verdaderos héroes de la revolución, temerarios y sencillos. Al mismo tiempo, sin embargo, deplora que no tengan metas políticas claras, que no los mueva ninguna ideología política, porque esto conlleva que su lucha degenera en una violencia sin salida. También el factor étnico, su origen indígena, constituye una traba: la raza perpetuará irremediablemente su carácter subalterno y la índole impulsiva de sus acciones.¹

¹ De acuerdo con el personaje Solís quien representa las ideas del autor en *Los de abajo*, los motivos raciales explican una propensión innata a la violencia: “la psicología de nuestra raza condensada en dos palabras: irobar! imatar!” (1985: 134).

Esa inconsciencia de las masas subalternas implica la necesidad de un cerebro, una élite mejor capacitada que sepa representar las aspiraciones populares. Es aquí donde deberían intervenir los intelectuales. No obstante, según Azuela, en el curso de la propia Revolución incluso los intelectuales bien intencionados eran incapaces de guiar al pueblo. Esta incapacidad se traduce en una imagen peculiar en *Los de abajo*, imagen que el autor recordó de manera significativa en un ensayo que escribió sobre la génesis de la novela (tomo III 1996: 1081). En dicho ensayo Azuela repite lo que en su novela dice por boca de Solís, un personaje con el que Azuela se identifica abiertamente²: “el hombre que se entrega a ella [la revolución] no es ya el hombre, es la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval ...” (1985: 135). La inconsciencia de las masas y la incapacidad de los intelectuales para guiarlas en tiempos de revolución se plasma pues en una metáfora botánica, son 'hojas arrebatadas'.³

Pero es más grave que pasados los tiempos de revolución, los intelectuales tampoco cumplieran con su deber. Y si bien en algunos ensayos tardíos, Azuela dijo arrepentirse de su severidad para con esos 'parásitos' que querían enriquecerse –“Todos somos humanos y por humanos todos merecemos compasión” (tomo III 1996: 1175)–, es verdad que solía arremeter bastante contra muchos colegas suyos. Como lo dijo Ángel Rama al final de *La ciudad letrada*, Azuela “se especializó en la requisitoria de los intelectuales” (1984 :170). La clase intelectual mexicana, así lo apunta Azuela en varios ensayos, suele moverse por interés propio y considera su trabajo como un medio de hacer fortuna. Por haber dicho lo que dijo, se le tildó de reaccionario, una acusación de la que se defendió recurriendo a otra imagen vegetal:

Se me acusa de no haber entendido la revolución ; vi los árboles, pero no vi el bosque. En efecto, nunca pude glorificar pillos ni enaltecer bellaquerías.

² “Mi situación fue entonces la de Solís en mi novela” (tomo III 1996: 1081).

³ En el ensayo, Azuela repite la misma imagen cuando habla de los personajes secundarios en *Los de abajo*: “Soldados anónimos, carne de cañón, pobre gente que no fue dueña ni siquiera del nombre con que la bautizaron. Su paso por el mundo fue como el de las hojas secas arrebatadas por el ventarrón” (tomo III 1996: 1085).

Yo envidio y admiro a los que sí vieron el bosque y no los árboles, porque esta visión es muy ventajosa económicamente (tomo III 1996: 1099)

II

De la misma manera que Azuela, Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* presenta la Revolución como un episodio violento sin base ideológica. Dos veces deja constancia de ello, casi con las mismas palabras: "la Revolución apenas si tiene ideas" (1990: 134) y "la Revolución no podía justificarse a sí misma porque apenas si tenía ideas" (ibíd.:138). Por una parte, la espontaneidad popular inicial es apreciada por Paz, quien la considera como "única fuente de salud revolucionaria" (ibíd.:131).⁴ Por otra, para que la Revolución hubiera tenido resultados, los intelectuales hubieran debido dar coherencia ideológica a esas demandas espontáneas. Como Azuela, Paz llega a la conclusión de que no lo hicieron y, de ahí, que la revolución no lograra realizar sus ideales:

En ese momento se hizo patente la insuficiencia ideológica de la Revolución. El resultado fue un compromiso: la Constitución de 1917. Era imposible volver al mundo precortesiano; imposible, asimismo, regresar a la tradición colonial. La Revolución no tuvo más remedio que hacer suyo el programa de los liberales, aunque con ciertas modificaciones. La adopción del esquema liberal no fue sino consecuencia de la falta de ideas de los revolucionarios. Las que la 'inteligencia' mexicana ofrecía eran inservibles (ibíd.)

También las tesis de *El laberinto de la soledad* suponen pues una dicotomía entre acción popular inconsciente y racionalidad intelectual deficiente.

Pero *El laberinto de la soledad* muestra igualmente que las representaciones evolucionan con el contexto con el que están

⁴ Según dice Parra (1995:67), la historiografía de la Revolución mexicana desde Frank Tannenbaum en 1933 hasta Arnaldo Córdoba en 1972 ha insistido en la espontaneidad de los movimientos campesinos y en la ausencia de los intelectuales que debieran dar coherencia a su lucha. Los estudios históricos más recientes, al contrario, cuestionan estas premisas.

relacionadas. En un contexto revolucionario, la inconsciencia va asociada con masas febriles y violencia gratuita; en una época tranquila, como lo fue el periodo posrevolucionario en el cual reinó una paz relativa, se asocia con imágenes de individuos pasivos y petrificados. Con todo, este cambio sólo afecta a la superficie de la imagen del subalterno, a su estado circunstancial, mientras que su fondo sigue intacto. Tanto en medio de la acción inquieta como cuando está en reposo total al campesino se lo imagina carente de conciencia, parte de la naturaleza. La vuelta de la metáfora botánica lo muestra. De hoja arrebatada en Azuela se transforma en pirú, árbol inmóvil en *El laberinto de la soledad* :

El indio se funde con el paisaje, se confunde con la barda blanca en que se apoya por la tarde, con la tierra oscura en que se tiende a mediodía, con el silencio que lo rodea. Se disimula tanto su humana singularidad que acaba por abolirla; y se vuelve piedra, pirú, muro, silencio (ibíd.:39)⁵

Aunque Paz anote un poco más adelante que las reacciones de los mexicanos no dependen de factores étnicos o sociales –“las reacciones habituales de un mexicano no son privativas de una clase, raza o grupo aislado, en situación de inferioridad” (ibíd.:65)–, me parece significativo que entre los demás mexicanos opte por presentar aquí a sus conciudadanos indígenas,⁶ un grupo social y étnico por lo demás bastante poco visible en *El laberinto de la soledad*.⁷

⁵ El árbol es una imagen constante en Paz, sobre todo en su poesía. Elena Poniatowska examinó 320 poemas escritos por Paz entre 1935 y 1988 y llegó a la constatación de que 75 de ellos hablan de árboles. Dijo la escritora que: “Los árboles son en Octavio Paz un automatismo, brotan desde su copa-cabeza las semillas o el poeta simplemente abre las manos y las deja caer a su paso” (1998:14).

⁶ Margo Glantz también ha advertido la selección étnica de esta imagen (1998).

⁷ Es posible que esta falta de visibilidad se explique por su manera de delimitar el objeto de su ensayo, ya que, como lo dice al principio de éste: “No toda la población que habita nuestro país es objeto de mis reflexiones, sino un grupo concreto, constituido por esos que, por razones diversas, tienen conciencia de su ser en tanto mexicanos. Contra lo que se cree, este grupo es bastante reducido” (1990:11).

En las páginas iniciales de su ensayo, Paz señala su aspecto coyuntural: "Las preguntas que todos nos hacemos ahora probablemente resulten incomprensibles dentro de cincuenta años. Nuevas circunstancias tal vez produzcan reacciones nuevas" (ibíd.:11). Pero precisamente cincuenta años después, en un comentario sobre *El laberinto de la soledad*, Guillermo Sheridan sugirió que la obra de Paz auguraba las inquietudes de la segunda mitad del siglo: "*El laberinto de la soledad* fue un libro central del siglo mexicano: en él, con él, contra él, recogió las inquietudes de su primera mitad y auguró las de su segunda" (2001:9). En lo que sigue mostraré que los ensayos de Paz sobre la rebelión zapatista y los textos de Marcos le dan razón a Sheridan y que determinadas cuestiones tratadas en el ensayo de Paz siguen relevantes hoy día.

III

Dentro de la variedad de grupos sociales que desfilan en los ensayos que Octavio Paz publicó entre 1994 y 1996 a raíz de la rebelión zapatista en la revista *Vuelta*, destaca la inteligencia mexicana. Si bien el ensayista no deja de señalar las aportaciones intelectuales serias al análisis, se escandaliza sobre todo por la falta de reflexión de quienes deberían hacer de ella su oficio. Se escribe demasiado y sin criterio: "Asistimos a la entronización del lugar común y a la canonización de la ligereza intelectual" (*Vuelta*, n°208: 56), así constata. En palabras de Paz, los artículos sobre Chiapas forman una "tupida vegetación", "plantas que provocan delirios, furores, pesadillas, quimeras, amnesias, visiones iracundas de castigos y persecuciones" (*Vuelta*, n°231: 63).

A la hoja arrebatada en el Azuela de 1914 y al árbol inmóvil en el ensayo de Paz de 1950 siguen en 1996 las plantas alucinógenas, – imagen que quizás sea deudora de la renovada relevancia del tema de la droga en América Latina o del éxito de Carlos Castaneda–. Al pirú le sucede incluso la 'Selva', porque 'La Selva Lacandona' y 'Más sobre botánica lacandona' son los títulos de sendos ensayos que Paz escribió sobre los zapatistas (ambos publicados en *Vuelta*, n°231). Mejor dicho,

son los títulos de dos ensayos que el autor dedicó al discurso intelectual en torno a ellos. De esta manera, la inconsciencia imaginada como estado vegetal, de ser un rasgo de los subalternos, pasa a ser el calificativo que Paz usa para referirse a la producción intelectual sobre ellos. Ya no asocia el estado de inconsciencia con el silencio sino con el exceso de palabras vacías. Con las nuevas imágenes botánicas, nuestro ensayista reduce los ensayos de otros al estado primitivo del soporte que los transmite: los árboles que suministran el papel. La migración de la metáfora botánica muestra que Paz aguza su crítica contra los intelectuales mexicanos pero no cambia el destino que les reserva: estudiar de manera desinteresada la situación y analizar las demandas del pueblo.

En México se ha criticado a Paz porque en sus ensayos sobre los zapatistas seguiría viendo a los indígenas como menores de edad, carentes de razón. Los ensayos que publicó en *Vuelta* no permiten llegar a tal conclusión. Por el contrario, Paz se refiere en cierto momento a los líderes indígenas cuyos intereses son, a su modo de ver, incompatibles con los designios de los dirigentes urbanos (en *Vuelta, suplemento extraordinario* del n°207, pág.f-g).⁸ Dicha referencia muestra que el ensayista no parece excluir la idea de que los pueblos autóctonos son capaces de producir a sus propios representantes intelectuales.⁹

⁸ "la diferencia de intereses, perspectivas, finalidades e incluso lenguaje entre algunos dirigentes de extracción urbana y las [sic] de los líderes indígenas" (en *Vuelta, suplemento extraordinario* del n°207, pág.f-g).

⁹ Esta interpretación supondría también que Paz piensa que la insurrección zapatista se caracteriza por una falta de espontaneidad. En dos ensayos señala que ha sido cuidadosa y largamente preparada: "Algunos se obstinan en proclamar la espontaneidad de la revuelta. Por lo visto no han oído ni leído a los 'comandantes'" (*Vuelta, suplemento extraordinario* del n°207: c) y "Durante diez años los alzados prepararon su movimiento" (*Vuelta*, n°231, pág. 8). Ambas referencias, si no incluyen una crítica abierta, dejan traslucir sin embargo cierta decepción por el carácter reflexivo del movimiento. Parece, pues, que Paz sigue apreciando la espontaneidad en las manifestaciones de descontento popular.

IV

Los textos de los zapatistas trastocan la dicotomía entre la irracionalidad de los subalternos y la reflexión intelectual tal como había sido establecida en los textos de Azuela y en *El laberinto de la soledad* ya que insisten en la idea de una masa campesina indígena pensante. En la inauguración de un 'Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo', la indígena Ana María dijo:

Nuestras vidas valían menos que las máquinas y los animales. Éramos como piedras, como plantas que hay en los caminos. No teníamos palabra. No teníamos rostro. No teníamos nombre. No teníamos mañana. Nosotros no existíamos (texto de julio de 1996, en EZLN 1997: 312-313)

Llama la atención que Ana María use las mismas imágenes asociadas por Paz con los indígenas en *El laberinto de la soledad* –piedras, plantas, silencio–, aunque sea para negarlas. Mediante el rechazo de las metáforas vegetales y minerales la indígena zapatista muestra que es consciente de la manera como se solía representar a los indígenas. Su alocución pública parece mostrar además que esta conciencia implica que los nuevos subalternos son capaces de representarse a sí mismos.¹⁰

¹⁰ En uno de sus textos, Marcos narra cómo un guerrillero indígena despotrica contra un autor contemporáneo que había difundido esta imagen una vez más en un artículo de periódico. Marcos pone en su boca una crítica torpemente formulada, lo cual aumenta la credibilidad del mensaje. Pero no hay duda de que Ángel razona de una manera consciente y de que la reivindicación de la racionalidad indígena constituye el meollo de su mensaje: "Ángel empieza a dar vuelta y vuelta; enfurecido, no alcanza a hablar con orden, mezcla atropelladamente palabras en dialecto y en 'castilla'. '¿Por qué siempre nos piensan como niños chiquitos?, me avienta en la cara la pregunta'" (comunicado del 26 de enero de 1994 en EZLN 1994: 108). La convicción se repite a lo largo de los comunicados: los campesinos indígenas son tan capaces de representarse y organizarse a sí mismos como cualquier otro grupo social. La élite política comete un error estratégico cuando les trata como ciudadanos de rango inferior: "El gobierno repite el error de considerar a los indígenas de ser incapaces de organizarse solos y que sólo pueden moverse si alguien los lleva de la mano. Están equivocados; nosotros los indígenas somos capaces" (comunicado del 21 de abril de 1995 en EZLN 1995: 323).

El corolario de esta nueva representación de los subalternos es la desvalorización de la función de sus tradicionales representantes intelectuales. No necesitamos ningún portavoz que articule nuestras demandas, así dicen los indígenas zapatistas:

rechazamos también cualquier otra propuesta o autopropuesta de tomar nuestra voz y nuestra palabra, nuestra voz empezó a caminar desde siglos y no se apagará nunca más (comunicado del 11 de enero de 1994, en EZLN 1994:79)

De esta manera los zapatistas intentan evitar que los intelectuales se valgan de su lucha en provecho propio. Asimismo quieren proteger su movimiento contra los abusos que fueron denunciados tanto en los ensayos de Azuela como en los de Paz.

Esta nueva configuración actancial entre subalternos y letrados también tiene implicaciones para la función de Marcos que es fuertemente relativizada. Un texto que el subcomandante escribió en nombre de los niños indígenas a otros niños ilustra cómo el discurso zapatista presenta la nueva división del trabajo pensante y ejecutivo:

Le hemos pedido al Subcomandante Insurgente Marcos que busque las palabras que ustedes entiendan para que conozcan así lo que es nuestro pensamiento (comunicado del 30 de abril de 1994, en EZLN 1994: 225)

En otras palabras, el pensamiento y el contenido incumben a los indígenas –incluso si son niños– mientras que la tarea de traducirlos para un público externo incumbe al letrado, el subcomandante. Ocasionalmente, los textos zapatistas subrayan tanto que los indígenas son autosuficientes que llegan a la conclusión de que Marcos es perfectamente prescindible en la lucha –incluso en calidad de traductor– y que cualquier indígena dirigente podría sustituirlo: “En el CCRI-CG tenemos muchos compañeros igual o más capaces que Marcos para explicar nuestra lucha” (comunicado del 11 de mayo de 1995, en EZLN 1995: 333).

Es interesante observar que algunos estudiosos de los subalternos adoptan esta premisa ya que argumentan que el EZLN constituye un ejemplo de cómo los de abajo pueden hablar por sí mismos. Así Santiago Castro Gómez, por ejemplo, arguye que en el EZLN los subalternos por fin pueden representarse "sin precisar de la ilustración de nadie" (1999:86). Por su parte, Walter Mignolo y Freia Schiwy se entusiasman con el zapatismo en la medida en que daría prueba de la posibilidad que tienen los subalternos de 'desubalternizarse':

At the end of the twentieth century we are witnessing a desubalternization or, if you wish, a decolonization of knowledge that places translation/transculturation in a different epistemological level and structure of power (2000).

V

Creo que los subalternistas no cuestionan las premisas de los zapatistas porque comparten con ellos el objetivo de cambiar la imagen de los subalternos. Es también este objetivo el que les hace insistir en que los investigadores busquemos las huellas de iniciativas subalternas autónomas en textos que aparentan negarlos (Latin American Subaltern Studies Group 1995). Ahora bien, como los ensayos de Marcos, al contrario, insisten en que los subalternos controlan su propio pensamiento y su propia voz, no parece ilógico que invirtamos los postulados de los subalternistas y que busquemos los silencios de los indígenas en ensayos que proclaman constantemente que éstos pueden hablar.

Tal lectura a contrapelo muestra que la versión sobre los subalternos pensantes y su letrado cuya intervención es meramente ejecutiva se vuelve borrosa por una serie de ambigüedades que socavan la imagen de Marcos cuidadosamente construida en otras zonas del mismo conjunto de textos. Un fragmento de la conversación entre el subcomandante e Yvon Le Bot es la contraindicación más ilustrativa de ello:

Después del 94 trato por lo regular, de no meterme mucho en las decisiones de la comunidad, porque mi palabra pesa mucho. [...] Puedo inclinar la balanza de un lado a otro, hasta que una minoría se vuelva mayoría porque el Sup dijo ... etcétera. (en Le Bot 1997 :157)

La cita no nos presenta a un subcomandante que sigue la ruta que elijan sus superiores indígenas sino a una persona con un gran poder de influencia dentro del movimiento zapatista. Es posible que el hecho de que esta confesión no forme parte del discurso zapatista en sentido estricto –no se presenta en un comunicado– haya dado una mayor libertad de expresión al subcomandante. Sin embargo, también dentro de los textos zapatistas hay ambigüedades que suscitan preguntas sobre la versión dominante en ellos.

De hecho, ni siquiera es necesario emprender un análisis discursivo para llegar a problematizar la nueva representación de los subalternos y su representante letrado. En el contexto de una guerra que se libra en gran medida en los medios de comunicación, el que controla las armas verbales tiene evidentemente un poder sobre el contenido, incluso si escribe por encargo.

VI

En 1995 *La Jornada Semanal*, el suplemento cultural del periódico mexicano *La Jornada*, publicó diversos ensayos sobre la función intelectual en América Latina. Entre ellos, un texto de Jean Franco –“¿Qué queda de la intelligentsia?” – quien escribió:

Los intelectuales funcionaron como conciencia crítica de la sociedad, la voz de los oprimidos [...] Los intelectuales no sólo eran actores importantes en la esfera pública, sino también mediadores para las clases populares y defensores del cambio social (1995)

Es significativo que Franco utilizara los tiempos del pasado para hablar de la función intelectual en América Latina. En efecto, ella y Roger Bartra cuyos ensayos se publicaron simultáneamente diagnosticaron que la función intelectual y la cultura escrita estaban

amenazadas de extinción.¹¹ Ahora bien, según algunos estudiosos, los zapatistas han contribuido a asentar esta percepción o, al menos, han contribuido a hacer entrar en crisis el tradicional discurso intelectual sobre los subalternos (Parra 1995:69). Esto explicaría la reacción negativa por parte de ciertos sectores de la inteligencia mexicana quienes se preocuparían por su propia supervivencia como grupo.

Desde las premisas del presente ensayo, tal interpretación es incomprensible. Por lo que le toca a Marcos, las frases de Jean Franco deberían incluso volver a formularse en presente. En efecto, Marcos muestra que el compromiso del intelectual con los subalternos ha recobrado actualidad y que, tal vez, nunca ha desaparecido, ni con la nueva hegemonía de los medios de comunicación electrónicos ni con la caída del muro de Berlín. El que un público diverso preste tanta atención a su palabra ilustra, por el contrario, que la capacidad de los subalternos para hacer circular su pensamiento sigue dependiendo de un letrado que utiliza sus conocimientos de la lengua y la cultura dominantes. El papel de Marcos es, pues, desde este punto de vista, el del intelectual en que Azuela y Paz habían depositado su esperanza y cuya ausencia en la Revolución Mexicana habían deplorado.¹²

Además, si nos concentramos en el contenido de los ensayos y de los otros textos de Marcos, llama la atención que atribuya a la literatura un papel central en la transformación de las relaciones de poder y que tenga una concepción humanística de la cultura. El que sus textos se destinen a una audiencia letrada capaz de entender sus múltiples y variadas referencias culturales (cf. Vanden Berghe 2001 y 2002) es, a su manera, un claro indicio del poder que Marcos atribuye a los

¹¹ El artículo de Roger Bartra se titula 'Cuatro formas de experimentar la muerte intelectual'.

¹² Su personaje correspondería al Solís de *Los de abajo*, pero un Solís no desilusionado. No faltan, por supuesto, otras interpretaciones del papel de Marcos al que, más bien, se ve como un "outsider" que se aprovecha de los indígenas. Desde el punto de vista de, por ejemplo, Bertrand de la Grange y Maite Rico (1998), el papel de Marcos podría compararse mejor con el del curro Cervantes en la novela de Azuela.

intelectuales. También en este sentido, comparte la creencia de, por ejemplo, Octavio Paz.

Pero se detecta igualmente cierta excentricidad en la posición de Marcos quien escribe desde una ceiba en medio de una jungla tropical. Esta posición geográfica de Marcos en territorio clandestino implica su exclusión de la geografía imaginaria de la "ciudad letrada" de Rama. Puede decirse que, por el nuevo lugar desde donde habla, Marcos revitaliza una tradición no tomada en cuenta en el ensayo de Rama, la del intelectual latinoamericano que no está del lado del poder y que, mediante la letra, intenta elaborar políticas contrahegemónicas.

Sea cual fuere la validez de esta hipótesis –para cuya confirmación se necesita seguir observando de cerca la carrera de Marcos– no cabe duda de que el zapatismo ha cambiado la representación de los subalternos y que ya no sería aceptado que ningún ensayista mexicano hablara de los indígenas en términos de botánica. Sin embargo, los zapatistas no han logrado que los subalternos hablen sin ayuda de un intelectual que los represente. Las intervenciones públicas de los indígenas, como la de Ana María arriba citada, son demasiado escasas en comparación con las de Marcos para poder concluir que ya no necesitan la ilustración de nadie.¹³ Es probable que, para que esto sea así, se necesiten cambios drásticos en las condiciones de vida de los subalternos. Además, cabe apuntar que las intervenciones indígenas no se han beneficiado de la misma atención que las de Marcos. De ahí que sea preciso, quizás antes que nada, que cambiemos nuestra mentalidad, nosotros que pretendemos escucharlos.



¹³ En México no se ha perdido pues la funcionalidad de lo que Guerrero llama "las formas decimonónicas de discurso y representación política ventrílocua de la población indígena" (2000:243). En el terreno de la representación, la insurrección popular indígena que tuvo lugar en Ecuador en el mismo año de 1994 parece mucho más avanzada. En ella la población indígena era representada por una abogada indígena, la doctora Nina Pacari (Guerrero 2000).

Referencias

Azuela, Mariano, *Obras completas*. Tres tomos, México, FCE, 1996 (1960¹).

Azuela, Mariano, *Los de abajo*, ed.de Marta Portal, Madrid, Cátedra, 1985 (1914¹).

Bartra, Roger, "Cuatro formas de experimentar la muerte intelectual". En: *La Jornada Semanal*, 8 de enero de 1995, pp. 5-7.

Castro Gómez, Santiago, "Epistemologías coloniales, saberes latinoamericanos: el proyecto teórico de los estudios subalternos", en: A.de Toro y F.de Toro (ed.), *El debate de la postcolonialidad en Latinoamérica. Una postmodernidad periférica o cambio de paradigma en el pensamiento latinoamericano*, Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 1999, pp.79-100.

De la Grange, Bertrand y Rico, Maite (1998), *Sous-Commandant Marcos. La géniale imposture*, París, Plon/Ifrane.

EZLN, *Documentos y comunicados 1*, México, Era, 1994

EZLN, *Documentos y comunicados 2*, México, Era, 1995.

EZLN, *Documentos y comunicados 3*, México, Era, 1997.

Fundación, *Anuario de la fundación Octavio Paz. Memoria del coloquio internacional 'Por el laberinto de la soledad a 50 años de su publicación'*, México, FCE/Fundación Octavio Paz, 2001.

Franco, Jean, "¿Qué queda de la intelligentsia?". En: *La Jornada Semanal*, 8 de enero de 1995, pp. 18-25.

Glantz, Margo, "Paz y Marcos: máscaras y silencios". En: *La Jornada Semanal*, 20 de septiembre de 1998.

Guerrero, Andrés, "Intelectuales indígenas, discurso y representación política. El levantamiento nacional indígena de 1994 en el Ecuador". En: Mariano Plotkin y Ricardo González Leandri (eds.), *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000, pp.241-266.

Latin American Subaltern Studies Group, «Founding Statement». En: Beverley, John, Oviedo, José, Aronna, Michael (eds.), *The Postmodernism Debate in Latin America*. Durham/London: Duke University Press, 1995, pp.135-146.

Le Bot, Yvon, *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista*, Barcelona, Plaza & Janés, 1997.

Lecuna, Vicente, *La ciudad letrada en el planeta electrónico. La situación actual del intelectual latinoamericano*, Madrid, Editorial Pliegos, 1999.

Mignolo, Walter D. y Schiwy, Freya, «Beyond dichotomies: translation/transculturation and the colonial difference.» Ponencia presentada en la Universidad de Leipzig, 2000, <http://www.uni-leipzig.de/~ethno/papermignolo.html>, el 12 de diciembre de 2000.

Monsiváis, Carlos, "El laberinto de la soledad : el juego de espejos de los mitos y las realidades". En: *Fundación 2001*, pp.13-27.

Parra, Max, «The politics of Representation: The Literature of the Revolution and the Zapatista Uprising in Chiapas». En: *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol.4, n°1, 1995, pp.65-71.

Parra, Max, "Villa y la subjetividad política popular: Un acercamiento subalternista a *Los de Abajo* de Mariano Azuela". En K. Vanden Berghe y M.van Delden (eds.), *El laberinto de la solidaridad. Cultura y política en México (1910-1920)*, *Foro Hispánico*, n°22, Amsterdam, Rodopi, 2002, pp.11-26.

Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, FCE, 1990 (1950¹).

Paz, Octavio, *Sueño en libertad. Escritos políticos*, Barcelona, Seix-Barral, 2001.

Paz, Octavio, "Días de prueba". En: *Suplemento extraordinario de Vuelta*, n°207, b.

Paz, Octavio, "Chiapas. ¿Nudo ciego o tabla de salvación?" En: *Suplemento extraordinario de Vuelta*, n°207, c-g.

Paz, Octavio, "Chiapas: hechos, dichos, gestos". En: *Vuelta*, n°208, 1994, pp.55-57.

Paz, Octavio, "La Selva Lacandona". En: *Vuelta*, n°231, 1996, pp.8-12.

Paz, Octavio, "Más sobre botánica lacandona". En: *Vuelta*, n°231, 1996, p.63.

Poniatowska, Elena, "Los árboles en Octavio Paz". En: *Vuelta*, n°254, 1998, pp.13-15.

Rama, Angel, *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del norte, 1984.

Ramos, Raymundo, "Prólogo" en M. Azuela, *Tres novelas de Mariano Azuela*. México: FCE, 1974.

Sheridan, Guillermo, "Presentación" en: *Fundación*, 2001, p.9.

Vanden Berghe, Kristine, "Don Quijote y el pasamontañas. Intertextualidad y autoría en los comunicados del EZLN". En: Rita de Maeseneer (ed.), *Convergencias e interferencias. Escribir desde los borde(r)s*, Valencia, Excultura, 2001, pp. 139-151.

Vanden Berghe, Kristine, "Revolución, nación y narración en los cuentos del subcomandante Marcos" en: *Foro Hispánico*, n°22, 2002, pp.155-167.